

# Pasión por leer

## LECTURAS PARA EL VERANO

### LA CRUELDAD DE LA VIDA (FRAGMENTO) LILIANA HEKER

La cama es el lugar de los grandes problemas. Cuando Lucía duerme, cuando Perla y el Rubio duermen, Mariana puede pensar los grandes problemas sin que nadie venga a preguntarle por qué está todo el tiempo sin hacer nada. ¿Pensar es no hacer nada? Ese es uno de los grandes problemas que puede dedicarse a pensar cuando nadie la molesta. Si no está en la cama, solamente puede dedicarse a pensar cuando hace de perro. Hace de perro nada más que en los días fríos; en los días calurosos a Lucía no se le hielan los pies así que no le pide que se le siente encima como si fuera su perro. Lucía es friolenta, Mariana no. Le gusta el viento helado en la cara y le gusta la escarcha. Lo que más le gusta de la escarcha es la palabra escarcha. Si piensa: Esta mañana, cuando fui al colegio, la calle estaba cubierta de escarcha, puede creer que está en uno de esos países de los libros en los que se anda en trineo. La palabra escarcha le gusta como la dice ella y no como la dice su madre. Su madre, cuando hace mucho frío, dice: Hoy hace un frío que escarcha, con lo que escarcha es un verbo y se parece a escorcha, que no tiene nada de lindo. Dice verbos raros, a veces, su madre. Si comió mucho dice: Estoy que veneno. Ella nunca ha escuchado a otras personas decir el verbo venenar ni el verbo escarchar, y mucho menos el verbo engurumir. El verbo engurumir está en una canción muy triste que canta su madre y que dice: Canillita lo llamaban y él así lo engurumía. Entonces a Mariana le parece que engurumir es mostrar que se es lo que los otros creen que se es. Lo llamaban canillita y él, sin ningún ocultamiento, engurumía serlo. Y hasta le da la impresión de que lo engurumía con cierto orgullo. Pero a veces se le ocurre que la canción dice: Canillita lo llamaban, y el asilo engurumía, en cuyo caso engurumir vendría a ser cargar uno con una marca del pasado. Aunque el día que discuten sobre el tema Lucía dice que no, que el canillita ni así lo engurumía ni el asilo engurumía; lo que dice la canción —dice Lucía— es: Canillita lo llamaban, y era sido en Gurumía. Así,

Gurumía tendría que ser el pueblo natal del canillita, que las dos suponen en España. El problema es cómo sigue, dice Mariana, que siempre está muy atenta a las canciones de su madre. ¿Cómo sigue?, dice Lucía, que suele prestarles menos atención. Mariana canta: Canillita lo llamaban, y él así lo engurumía, cuando un día en una esquina una madre sin entrañas al azar lo abandonó. De arriba abajo sin fundamento, dice Lucía, que ha leído a Saroyan. Las dos se revuelcan de la risa porque se van acordando de ésa y de otras letras imposibles que canta su madre, aquella de los amantes suicidas, dice Lucía ahogada de la risa y Mariana canta Adiós madre, adiós padre, adiós hermanos, ya nos vamos y no nos veremos más; si en la tierra nos amábamos constantes, en la tumba nos amaremos mucho más. Cada vez que se les va a terminar la risa se acuerdan de alguna letra nueva —Esa que empieza Yo la amé con el alma gentil de mi evidencia, dice Lucía; de arriba abajo sin fundamento, dice Mariana— y no pueden parar. La dificultad reside en que hay canciones que nunca le han escuchado cantar a ninguna otra persona y la única vez que se animan a preguntarle a su madre si en la canción del canillita él así lo engurumía o el asilo engurumía o era sido en Gurumía, se las queda mirando como si estuviera frente a dos locas perdidas, y les dice: ¿No tienen nada mejor de qué hablar ustedes dos? Es así su madre, imposible pescarla en un error. En seguida da vuelta las cosas y se va lo más campante. Dice estoy que veneno y dice él así lo engurumía y nadie va a saber jamás de dónde saca esas palabras. Como sarcornia. Su madre usa todo el tiempo la palabra sarcornia. Dice: no me mires con sarcornia, y dice: Me lo dijo con sarcornia. Mariana entiende perfectamente lo que quiere decir sarcornia. Ella misma, muchas veces, habla con sarcornia. Y Lucía también. Y el Rubio. Son una familia muy sarcornica. Pero una vez ella escribe sarcornia en una composición y la maestra se la tacha con lapiz rojo y le dice que esa palabra no existe. Ella le discute y hasta le explica el significado. Pero la maestra se lo hace buscar en el diccionario y ahí Mariana descubre que ni siquiera cuando dice una palabra tan hermosa como sarcornia una puede creerle del todo a su madre.

En **La crueldad de la vida**, de Editorial Alfaguara

### CANCIÓN DE MI PUEBLO JORGE ISAÍAS

No tiene río  
no tiene puerto  
ni nombre sonoro.  
No tiene nada  
distinto a otro pueblo.  
Pueblito perdido:  
lo cruzan los pájaros,  
lo cruza la pampa,  
lo cruzan camiones  
cargados de trigo  
cargados de hacienda.  
La gente es la misma,  
con sus penas hondas  
y sus penas leves;  
la gente se va a misa,  
se ríe, comercia,  
se casa y engendra  
y un día cualquiera  
se va para siempre.  
No tiene una torre  
que llame de lejos,  
el tren ya no pasa  
y la ruta al costado  
esquiva sus calles  
esquiva sus casas.

Pero cuando me acercó  
yo voy divisando  
la punta de un pino  
el ala de un pájaro  
o mi sueño niño  
que en el aire espera.

En **Crónica Gringa**, de Jorge Isaías



"Este suplemento es una invitación a la lectura a través de pequeños textos, para que leer sea cada vez más un placer compartido por toda la población, donde quiera que se encuentre. Para que todos puedan sentir la misma pasión por leer"



H 0022630

Campana Nacional de Lectura





## LA MUERTE

### ALEJANDRO DOLINA

Entre los gitanos que al final de la Edad media vivían en Bulgaria, la muerte solía aparecer bajo formas amables, gratas y aún tentadoras.

En ocasiones, era una hermosa bailarina que extendía los brazos hacia su víctima en el momento más frenético de la danza.

Otras veces era un músico, que tocaba en su cítara unos aires melancólicos que convidaban a viajar al otro mundo.

En los meses de verano, la Muerte era visible, comía con las familias más poderosas y contaba historias de personajes ilustres. Todos le rendían homenaje o le hacían obsequios valiosos. Tan deseable aparecía el Ángel, que muchos entregaban gustosos la vida a cambio de un breve contacto.

Los gitanos y gitanas jóvenes empezaron a morir desmedidamente. Demasiado ocupada la muerte en aquellos decesos, no encontraba tiempo para llevarse a los viejos y a los enfermos.

El poder de aquel pueblo estaba seriamente resentido: escaseaban los guerreros, los trabajadores vigorosos y los vientres fértiles. Cada primavera, la Muerte se llevaba a los más jóvenes y a los más hermosos.

El héroe Lug, que era valiente, agudo y poseedor de una salvaje energía venérea, comprendió el funesto poder que tiene la belleza cuando sirve a las fuerzas de la destrucción.

Una noche, citó a la Muerte en un bosque sagrado que crecía en la ladera de una antigua loma. Ella acudió bajo la forma de la más hermosa de las mujeres. Lug comenzó a amarla ardorosamente pero, para sorpresa del Ángel, efectuó unas manobras que había aprendido de unos taoístas chinos que había conocido en una caravana. Aquellos hombres le habían enseñado la destreza prodigiosa de prolongar la cópula indefinidamente, sin desembocar en las desafortunadas culminaciones que los gitanos consideraban fatales y urgentes. Acostumbrada la Muerte a llevarse a los hombres a caballo de su último espasmo, trató de conducir a su compañero hasta el ápice del goce, pero no lo logró. Lug, hablando por entre sus dientes y tensando los músculos de sus glúteos, le dijo:

—Puedo estar en el penúltimo escalón durante toda la existencia, puedo dar todos los saltos menos el definitivo, puedo galopar a toda velocidad y detenerme exactamente al borde del abismo.

Después, recordando unas astutas manipulaciones que aconsejaban los sabios taoístas, Lug logró que la Muerte perdiera el equilibrio y cayera indefensa en territorios de placer. Entonces el ángel recuperó su aspecto verdadero y horripilante. El héroe la miró con ojos de fuego y le gritó:

—El amor y la pasión son más fuertes que la

muerte. Ya no los uses como armas y vuelve a tus antiguos procederes de senectud, corrupción y enfermedad.

La Muerte se rió con dientes de calavera.

—El amor y la pasión son la muerte y tú, Lug, amas porque mueres y mueres porque amas.

Lug cayó fulminado, pero la muerte ya no volvió a ser hermosa en aquellas tribus y desde entonces volvieron a morir sólo los viejos y los apestosos. Las personas jóvenes y fuertes siguieron siendo, como en todas partes, inmortales.

*En Bar del Infierno de Editorial Planeta*



## EL APARECIDO (LE REVENANT-1788)

### MARQUÉS DE SADE

La cosa del mundo a la cual los filósofos otorgan menos fe, es a los aparecidos; si no obstante el caso extraordinario que voy a contar, caso certificado con la firma de muchos testigos y consignado en archivos respetables, si ese caso, digo, y teniendo en cuenta esos títulos y la autenticidad que tuvo en su tiempo, puede volverse susceptible de ser creído, será necesario, a pesar del escepticismo de nuestros estoicos, persuadirse que si todos los cuentos de aparecidos no son verdaderos, al menos hay acerca de eso cosas muy extraordinarias.

Una gruesa Madame Dallemand que todo París conocía entonces como una mujer alegre, franca, ingenua y de buena compañía, vivía desde hacía más de veinte años que era viuda, con un cierto Ménou, hombre de negocios que habitaba cerca de Saint Jean-en-Grève. Madame Dallemand se encontraba un día a cenar en lo de cierta Madame Duplatz, mujer de su apostura y de su sociedad, cuando en medio de una partida que habían comenzado al levantarse de la mesa, un lacayo vino a rogar a Madame Dallemand que pasara a un cuarto vecino, visto que una persona de su conocimiento demandaba insistentemente hablarle por un asunto tan apurado como consecuente; Madame Dallemand dijo que la espere, que no quería interrumpir su partida; el lacayo vuelve e insiste de tal manera que la dueña de la casa es la primera en apurar a Madame Dallemand para que vaya a ver qué es lo que quiere. Ella sale y reconoce a Ménou.

—¿Qué asunto tan urgente, le dice ella, puede hacerlos venir a turbarme así en una casa en la que no sois conocido?

—Uno muy esencial, señora, responde el corredor, y debéis creer que es bien necesario que sea de esa especie, para que haya obtenido de Dios el permiso de venir a hablaros por última vez en mi vida...

Ante esas palabras que no anunciaban un hombre muy en sus cabales, Madame Dallemand se turba y observando a su amigo que no había visto desde hacía unos días, se espanta aun más al verlo pálido y desfigurado.

—¿Qué tenéis, señor, le dice, cuáles son los motivos del estado en que os veo, y de las cosas siniestras de que me habláis... aclarádmelo rápidamente, qué os ha ocurrido?

—Sólo algo muy ordinario, señora, dice Ménou, después de sesenta años de vida era muy simple llegar a puerto, gracias al cielo heme allí; he pagado a la naturaleza el tributo que todos los hombres le deben, no me lamento más que de haberos olvidado en mis últimos instantes, y es por esa falta, señora, que vengo a pedir os perdón.

—Pero, señor, vos batís el campo, no hay ningún ejemplo de una tal sinrazón; o volvéis en vos, o voy a pedir socorro.

—No llaméis, señora, esta visita inoportuna no será muy larga, me aproximo al término que me ha sido acordado por el Eterno; escuchad pues mis últimas palabras y es para siempre que vamos a dejarnos... Estoy muerto, os dije, señora, muy pronto seréis informada de la verdad de lo que os adelanto. Os he olvidado en mi testamento, vengo a reparar mi falta; tomad esta llave, transportaos al instante a mi casa; detrás de la tapicería de mi lecho encontraréis una puerta de hierro, la abriréis con la llave que os doy, y os llevaréis el dinero que contendrá el armario cerrado por esa puerta; esa suma es desconocida por mis herederos, es vuestra, nadie os la disputará. Adiós, señora, no me sigáis...

Y Ménou desapareció.

Es fácil imaginar con qué turbación Madame Dallemand volvió al salón de su amiga; le fue imposible esconder el tema...

—La cosa merece ser reconocida, le dijo Madame Duplatz, no perdamos un instante.

Se piden caballos, se sube en coche, se llega hasta lo de Ménou... Él estaba ante su puerta, yaciendo en su ataúd; las dos mujeres suben a los apartamentos, la amiga del dueño, demasiado conocida para ser rechazada, recorre todas las habitaciones que le placen, llega a aquella indicada, encuentra la puerta de hierro, la abre con la llave que le han dado, reconoce el tesoro y se lo lleva.

He aquí sin duda pruebas de amistad y de reconocimiento cuyos ejemplos no son frecuentes y que, si los aparecidos espantan, deben al menos, se convenirá en ello, hacerse perdonar los miedos que pueden causarnos, en favor de los motivos que los conducen hacia nosotros.

**Marqués de Sade (1740 - 1814)**





## Cuando la tierra era cuadrada

Graciela Repún

Cuando la Tierra era cuadrada y lisita, estaba habitada por gigantes malhumorados. No eran muchos, pero apenas cabían en el planeta y andaban con un pie en un continente y otro en el otro, molestándose a los codazos y batallando a los gritos.

Los antiguos Dioses habitaban cerca de la Tierra, en un palacio celestial aéreo, y se hartaron de tantas discusiones y peleas. Unánimemente, decidieron convertir a los gigantes.

Comenzaron con Atlas, el bravucón que siempre desafiaba a los otros porque quería ser reconocido como el más fuerte. Los dioses lo transformaron en un monte que sostenía sobre sí todo el peso del cielo.

Etna, la gigante boquiabierta, que arrojaba palabras hirientes como bolas de fuego, fue convertida en volcán.

A siete hermanos que siempre andaban juntos, en patota y no dejaban pasar a nadie, los transformaron en un desfiladero.

Aconcagua, la difícil, fue convertida en un montaña escarpada. Por cada gigante que desvanecía, aparecían formaciones de rocas o laderas que los recordaban.

Hasta que sólo quedó Leo, a quien los dioses le permitieron elegir su forma y destino, porque lo merecía. Era un gigante alegre y pacífico. Jamás había molestado a nadie.

Leo pensaba:

"¿Tendré que sacarme el sombrero? Porque si me transforman con él me convertiré en uno de los picos más altos de la Tierra. De lejos seré imponente y los que me trepen tendrán una vista única, pero no habrá chico que pueda subirse y juegue conmigo... ¿Y si me recuesto? Formaré una cadena montañosa.

Pero como estoy panzón, podría detener los vientos y las lluvias, los terrenos se secarían... No me convence.

¿Me quedo sentado? No, es aburrido.

¿Me paro en un pie y estiro el brazo contrario? No, es peligroso".

Los dioses no perdían ninguna de las poses del indeciso gigante.

"¿Cómo quedaré si me cuelgo unas plantas de las orejas?

¿Y si me pongo cerca de estos árboles?

¿Cavo un poco, me arrodillo y levanto los brazos al cielo?

Mi postura tiene que encajar con lo que me rodea, tengo que buscar mi paisaje".

Leo iba y venía, dando vueltas y vueltas. Caminando, limó las aristas del planeta, y la Tierra quedó redonda. Probando panoramas, creó lagos, islas, ríos y cataratas, capas de tierra de distintas texturas, bosques, lagunas y nuevas estrellas.

Tampoco los Antiguos Dioses estaban ahora de acuerdo sobre cuál era el paisaje mejor. Además, a esta altura, ya no podían dejar a Leo inmóvil. Por eso lo invitaron a vivir con ellos y le dieron una misión: darles a las nubes -que hasta también eran cuadradas- formas nuevas. Aún hoy anda Leo en eso, esperando que levantemos la mirada y veamos cómo cambian y se desvanecen y quedan.

En Manual Artesanal de 5º Grado. Editorial Puerto de Palos



## Las brujas que trabajan en los cuentos

Cecilia Pisos

Atentas a cuando abres la página en que aparecen, hacen maldades y trucos y después se desvanecen.

Brujas que están bien cansadas de niñitos indefensos y de princesas rosadas y de reyes en sus reinos.

Hartas de hacer sus hechizos con sapos asquerosientos, de arruinar todas las frutas con feos encantamientos.

No soportan a los gatos, les da vértigo la escoba, quieren quitarse los granos y la nariz con joroba.

Odian el negro de sus capas, en sus noches, en sus dientes: en el fondo quieren verse muchachitas blancanieves.

En Las brujas sueltas. Editorial Sudamericana





## Trabalenguas

★  
La puerta tres trancas tiene  
Y Juan Simón se entretiene  
Contando: una, dos, tres...  
Todas las trancas que tiene.

★  
De Ushuaia a Guleguay  
¿cuántas leguas por agua hay?

★  
Gla- gle-gli-glo-glu-güe-güi,  
¡Qué difícil es así!  
Güi, güe, glu, glo, gli, gle, gla,  
¡Qué trabajo que me da!

★  
Paco guarda  
las pocas copas  
que poco a poco  
Pepe sacó.

★  
A cuesta le cuesta  
subir la cuesta,  
y en el medio de la cuesta  
va y se acuesta.

¡Qué susto! ¡Qué espanto! ¡Un cuento de terror viene llegando!

## Solo de noche

Ana María Shua y Paloma Fabrykant

Leandro tenía mucho miedo de quedarse solo de noche, pero nunca lo hubiera confesado. A los 10 años, se sentía demasiado grande para pedirles a sus padres que se quedaran en casa. Pero cuando se iban, todo a su alrededor se volvía amenazador. Le parecía ver cosas por el rabillo del ojo. Cuando daba vuelta la cabeza para mirarlas de frente, las cosas desaparecían. Quedarse en su cuarto, sobre todo, le resultaba intolerable. Taparse la cabeza con la frazada era todavía peor: si los monstruos que se imaginaba lo encontraban así, sin que él pudiera verlos llegar, estaría completamente indefenso. Lo curioso es que, al mismo tiempo, a Leandro le encantaba leer cuentos de terror. Entonces, lo que hacía cuando sus papás salían era sentarse a leer en el living, con todas las luces prendidas, hasta que volvieran. Un día estaba leyendo un cuento que le gustaba y le daba mucha impresión. Se trataba de un hombre que había entrado en una cabaña perdida en medio del bosque. Pasaba la noche allí y a la mañana descubría que había dos puertas para salir, pero no podía acordarse por cuál de las dos había entrado. Abría una puerta al azar y se encontraba de pronto en otra dimensión. Un desierto inmenso y horrible se extendía hasta el infinito. Aquí y allá había unos cactus que se movían lentamente y parecía tener ojos. Una extraña fuerza lo atraía hacia el desierto. Con un gran esfuerzo de la voluntad, el hombre conseguía resistir esa fuerza y se encontraba otra vez dentro de la cabaña. Pero, una vez más, no sabía cuál de las dos puertas daba al bosque y cuál daba al horror. Y tenía tanto miedo que se quedaba encerrado para siempre en la cabaña. Leandro levantó la cabeza sobre el libro y miró a su alrededor. Su casa estaba llena de puertas. La de la cocina, la del baño, la de su cuarto, la del cuarto de sus padres... Cualquiera de ellas podía conducir a un lugar desconocido y terrible. Varias estaban abiertas. Pero la de la cocina estaba cerrada. Y ahora tenía sed, mucha sed. ¿Se atrevería a abrir la puerta de la cocina? Dudó un momento con la mano sobre el picaporte. Finalmente, abrió de un empujón. Azulejos, microondas, alacenas, cocina, heladera. Todo bien. Entonces abrió la heladera para sacar una gaseosa y se encontró de golpe en un desierto blanco y frío, infinito. Formas de hielo de extraño diseño se movían hacia él, primero lentamente, después cada vez más rápido. La puerta de la heladera había quedado a sus espaldas. Se volvió hacia allí y trató de correr para volver a la cocina, pero el suelo parecía estar hecho de un barro frío y poroso que se adhería a sus pantuflas. Por suerte la heladera no se había cerrado. De algún modo logró aferrarse al borde de la puerta y saltar del otro lado, mientras el barro se tragaba sus pantuflas con un desagradable sonido de absorción. -¡Leandro! ¡Leandro! -la voz de su madre lo despertó- ¡Te quedaste dormido leyendo en el sillón del living! -Era maravilloso volver a ver a sus padres. -¿Qué te pasó? -preguntó su papá- ¿Otra vez tuviste un mal sueño? -Pero mirá cómo tenés los pies embarrados... ¿Saliste al jardín en pantuflas? -preguntó la mamá. Durante mucho tiempo Leandro se negó a abrir la puerta de la heladera, y se mostraba muy cauteloso con todas las puertas en general. Con el tiempo se le fue pasando el susto y empezó a comportarse más normalmente. Había muchas explicaciones para lo que le había pasado. Una simple pesadilla, por ejemplo, que lo había hecho caminar en sueños por el jardín. Eso sí: las pantuflas no aparecieron nunca más. Pero hay tantas maneras de que se pierdan unas pantuflas... ¿O no?



En Manual Artesanal de 5º Grado. Editorial Puerto de Palos

Recopilación de adivinanzas y trabalenguas por Carlos Silveyra  
Ilustraciones de Paula de la Cruz

### Adivinanza

Por todos lados él marcha  
Con sus zapatos de escarcha.

El invierno

### Adivinanza

Rey sin trono y sin corona  
(pero existe).  
Tiene diente como espadas  
(y no es chiste)

El león

### Adivinanza

Asusto por feo,  
tristón y callado.  
No puedo seguirte  
porque estoy clavado.

El espantapájaros



**Pasión por leer**



MINISTERIO de  
**EDUCACIÓN**  
CIENCIA y TECNOLOGÍA  
PRESIDENCIA de la NACIÓN

Campana Nacional de Lectura

con el apoyo de:  
Fundación  
**Noble**  
Grupo Clarín